



# Talquinos del centenario

Jorge Valderrama Gutiérrez (\*\*)

**E**ntre 1900 y 1920 un grupo de intelectuales nacionales -desatados entusiastas- verán en hojas de papel sus críticas comunes sobre un Chile entonces pacato al que auguraban un destino opaco. Entre quienes se caracterizaron por denunciar la corrupción existente, así como los problemas sociales generales, resultan intelectuales de la talla del talquino Francisco Antonio Encina y otros dos que estuvieron vinculados a la ciudad de Talca: Tancredo Pinochet Le Brun y Alejandro Venegas.

Estos otorgaron relevancia al análisis sobre lo que consideraban -cada uno con perspectivas distintas- las relajación axiológica de la aristocracia imperante en nuestra clase social. Así que sus intérpretes profundos de emergentes estructuras políti-co-sociales han existido siempre en el mundo, lo valioso de estos ilustrados connacionales fue que su denuncia de crisis se expresó proveniente de un abanico de colores, carente de sectarismo doctrinario. Así, desde los orígenes de la República los pensadores chilenos manifestaron una actitud crítica que fue niveles durante el gobierno de Manuel Montt -Revolución de 1851- y que tuvo a Talca como uno de los epicentros de tales sucesos. Dicha grandeza espiritual también explosión durante la Presidencia de José Manuel Balmaceda, cuando el país se vio arrastrado a otra desgradable y dolorosa separación que en Talca se expresó con illustres talquinos, como el genial Francisco Gana Castro.

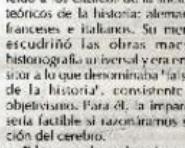
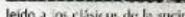
Asimismo, esta actitud visceral o emotiva en su génesis hizo confluir a otros numerosos autores, tales como Emilio Rodríguez Mendoza, Enrique Mac Iver, Alberto Edwards, Nicanor Palacios, González Vial, Luis Emilio Recabarren, Agustín Ross, Guillermo Subercaseaux, todos con legítimas oscilaciones verificables.

## TESTIGOS DE UNA ÉPOCA

Heredando el resultado prolífico del católico Edel Pinochet (recién egresado del Instituto Nacional de Sant'Agustín), quien ejercía en el Liceo de la endogámica y clásica Talca, el excentrónico Tancredo Pinochet Le Brun llegó a la ciudad del Budiaco, junto a su hermano José, a cursar cuatro y quince años de humanidades. Escritor sarcástico y pertinaz en suya, fue director de las revistas "Aire" y "Todamérica", escribiendo "Morir en la biblioteca" y "La autobiografía de un tonto". Apasionado en estudios contemporáneos se le equipara con Encina al abogar por una sociedad más justa, con menos o ningún prejuicio; y en torno al origen del problema en nuestra débil cultura étnica y la falta de educación, siempre más cercano a Venegas por su condición de "guru poco seria".

Conservador en su postura, sachado de uvaico y recia por más de algúen, Francisco Encina era un anticlerical convencido de que los problemas yacen en el nódulo de la simedad y cultura chilena, por lo cual da importancia a la educación para revertir esto. Visualizó la regencia de Manuel Montt como un paralelo de modelo del "Salmo" nacional. Individualista y orgulloso, con una autoridad más que suficiente, el "Hamo" Encina entre 1892 y 1904 ya había

Francisco Antonio Encina y otros dos que estuvieron vinculados a la ciudad de Talca: Tancredo Pinochet Le Brun y Alejandro Venegas fueron los adalides de una renovación intelectual contestataria que dejó huella en la sociedad regional y nacional de principios del siglo XX



leído a los clásicos de la sociología y a los teóricos de la historia: alemanes, ingleses, franceses e italiano. Su mente profunda escudriñó las obras maestras de la historiografía universal y era encendido opositor a lo que denominaba "la ilicación gris de la historia", consistente en simular objetivismo. Para él, la imparcialidad sólo sería factible si razones tuviesen sin la mediación del cerebro.

"El que veclar y honra no teme a la luz del mediodía, el que solo vislumbra entre orugas espesas los contornos indecisos de los hombres, de las cosas y de los sucesos, lo mismo que el monje huelga, insensiblemente se refugia en la penumbra del atardecer".

El vicerrector del Liceo de Talca durante casi una década y profesor de Camelante, Alejandro Venegas, era tanto poseedor de una gran fuerza de voluntad y resistencia física poco común, como un solitario y, al decir de muchos, un desequilibrado en su brado enunciado, percepciones que lo rotulaban como "poco confiable". Probablemente surgió de complejos, ya que era timido y retraído. En sus extensos viajes por nuestro país y el extranjero nos lo imaginamos solitario y disfrazado de ginge-mogol. Durante una parte importante de su vida no perseguido por la oligarquía gobernante, lo que puede hacer pensar que su oficio de almacenero en Maipú -que desempeñó hasta su muerte- fue quizá su periodo más feliz o al menos sosegado. Como emilio

Recabarren, ve en Chile la agudización de una crisis social y de desarrollo que lo acerca hacia un antinacionalismo.

## VENEGAS Y YO

Su amigo de siempre, Enrique Molina Gamboa, nos narra: "Aunque ideológicamente nos sentíamos sin duda en afinidad con los radicales, Venegas y yo establebamos de acuerdo en realizar nuestra labor fuera de toda política militante, fuera de logias y banderas; queríamos hacer obra de espíritus libres que, sin proselitismo alguno, persiguiese como único fin el cultivo sano de la personalidad... Por lo que a nuestro país se refiere, Venegas quiso contribuir de inmediato al análisis de nuestra situación que le inquietaba, y a la búsqueda de los remedios más acertados para nuestros males. Tal fue el origen de sus libros Carta a don Pedro Montt y Sinceridad". Además, Molina resalta que "Molina cuando se lo propone. Como ejercicio de carácter dejaba de fumar en una fecha fija que se propusiera y mantenía su abstención del cigarrillo por el tiempo que quería". El escritor talquino Armando Demóstenes dice: "Con la ayuda de mi hermano Pedro y el país se preparaba para celebrar con todo honor y dignidad el primer Centenario de la Independencia. Mientras se levantaban los arcos triunfales y se redactaban, en el recato de las bibliotecas, los grandes discursos conmemorativos; en los momentos que

toda la nación iba a vestir sus arreos de gala y sus mejores joyas para recibir a los hermanos de América, en el día del primer centenario de su vida independiente, un modesto profesor, ignorante en un tranquilo libro privativo, preparaba, tras largas vigilias, la obra que iba a constituir el más impermeable obsequio, en la hora misma de la fiesta". La obra aludida es "Sinceridad - Chile frívolo en 1910".

Ocupados a la gran ola de autocomplacencia que inundaba el país, estos cultores "autoflagelantes" -no se arrodillaron servilmente ante su emperador- ni que muchos de ellos llegaran a creerse jamás entre sí sin intereses claramente de ninguna índole- y sus espíritus libres accusaron dolor por los desmanes de la patria y en aras de un mejor horizonte les arrojó el aliento de denuncia y amago en buscar soluciones, aunque sus "recetas" para borrarlas son duras -cuando las hay- o contradictorias.

Cuando se acerca el segundo centenario de nuestra Independencia el juicio salvírrimo del pasado reciente exige de sus actores y espectadores un gesto de genuina visión global, similar al escenario de hace cien años atrás, cuando consagraron agraciados, ricos, pobres, creyentes, progresistas y conservadores, todos unidos por su singular talento, en pro de un bienestar aún fascinante.

(\*) Profesor e investigador



**Talquinos del centenario [artículo] Jorge Valderrama Gutiérrez.**

**AUTORÍA**

Valderrama Gutiérrez, Jorge

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

2004

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Talquinos del centenario [artículo] Jorge Valderrama Gutiérrez. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)